

Santiago 23 de diciembre 1973.

Señor General Dn.
Gustavo Leigh
Miembro de la H. Junta Militar de Gobierno
PRESENTE

Estimado General Leigh:

No es esta una carta de un político a un soldado sino de un chileno (que tuvo determinadas responsabilidades públicas) a otro chileno que las tiene de un modo singular y en un momento excepcional en la historia patria.

Hace años coincidimos en funciones de servicio a la República por un tiempo más o menos prolongado. Tuve entonces la impresión de que nos habíamos conocido, respetado y apreciado recíprocamente. Confío en que haya sido así.

Esta carta está motivada por su discurso a la Juventud Chilena, pero antes de entrar a su propósito principal, me parece conveniente despejar dos o tres cuestiones previas.

La primera: Soy un hombre sin ambiciones políticas personales. No busqué los cargos públicos que he ejercido, y sólo los acepté por un deber de conciencia patriótica. No tengo respeto por los políticos que han vivido y viven acezando tras el poder a cualquier precio; y creo que Chile les debe muy poco, aún si algunos tienen estatuas. En resumen: no tengo nada personal que pedirle al Gobierno Militar.

La segunda: Hice lo que pude porque la Democracia Cristiana no tuviese participación ni responsabilidad en propiciar el desplome institucional violento y sangriento que se veía venir. Estaba convencido que la Unidad Popular había malogrado miserablemente la oportunidad que tuvo de abrir una nueva época en la historia de Chile; que estaba literalmente agotada como fórmula de gobierno; y que la desintegración notoria y galopante del régimen forzaría a la renuncia de Allende, sin que fuese indispensable el pronunciamiento militar y los inmensos riesgos potenciados del enfrentamiento armado. (Análisis impresos de marzo 1972; abril 1973; noviembre 1973. Aunque después del 11 de septiembre es este un capítulo cerrado, me molestaría que se creyera que prefiero disimular lo que fué mi pensamiento y mi posición pública en aquel período).

Finalmente, aunque tres de mis hijos, mi yerno y un sobrino (incidentalmente, ninguno de los cuáles es marxista) han sido duramente afectados por decisiones del Gobierno Militar o de sus representantes en la Administración del Estado, la Universidad o la industria estatal, esta carta no tiene por objeto dilucidar ninguna situación personal, ni calificar la objetividad de los antecedentes o la justicia de determinadas sanciones o procedimientos.

Señor General: /

En su discurso a la Juventud trata usted las dos cuestiones fundamentales de cuyo correcto enfoque y resolución depende que Chile se incorpore a la gran historia (¡sólo posible para un pueblo unido y adecuadamente motivado por la trascendencia de los objetivos compartidos que lo movilizan hacia el futuro!)...o que todo termine en pocos años en una frustración aún mayor y aún más peligrosa que la que ha venido desintegrando a nuestra patria desde hace ya largos decenios

Su discurso tiene dos ojos: la realidad de Chile como "histórica" de su pasado; y el futuro como perspectiva de "una nueva era histórica".

I.- La realidad político-social-económica del país. La define usted - y es imposible no comenzar a partir este planteamiento- como expresión malsana y ya intolerable del deterioro moral, institucional, etc., gestado gradualmente a lo largo de muchos años y gobiernos, y del cual la Unidad Popular no fué el origen sino la expresión final. Todo ello como consecuencia de los vicios que su discurso señala: el efecto corrosivo del apetito de poder a cualquier precio de grupos o individuos (que usted prefiere llamar "demagogia"); del partidismo sectario y voraz; de la evasión "ideologizante"; del desprecio por las virtudes sólidas como la confianza en el propio esfuerzo, el trabajo y la disciplina; de la imitación alienadora de valores o "modelos" extranjeros.

Todo eso es cierto. Sin embargo, en gran medida tales vicios no son sino efectos de otro factor genérico, mucho más pernicioso, que está en la raíz misma de los vicios que su discurso denuncia. Es la aceptación del egoísmo sistematizado como el principio supremo "ordenador" (!) de la economía y la sociedad; como la meta y el motor del trabajo humano; como el fundamento "pragmático" de la convivencia; como interpretación ética-social del hombre y su destino, del ciudadano y sus derechos y responsabilidades, que desemboca inevitablemente en la afirmación, explícita o implícita, de que "la libertad económica es el fundamento de todas las libertades" (!) (!Y los más cínicos agregan "de la justicia"!).

En el mundo moderno, y en la realidad chilena, esta visión del hombre, la sociedad y el Estado, basada en una determinada técnica productiva, tiene un nombre: es el Capitalismo.

Pues bien, la inmensa frustración producto de la escandalosa contradicción entre lo que nuestra Patria es y lo que pudo ser, entre lo que ha hecho y lo que pudo haber hecho con el extraordinario potencial de pueblo, territorio, recursos naturales e historia de qué disponemos, es la constatación flagrante del fracaso del Capitalismo aplicado a nuestra realidad. La degradación paulatina del sentido de unidad y solidaridad nacional, el largo proceso que usted llama de "destrucción progresiva de nuestra patria" no tiene explicación si se olvida la influencia devastadora de los principios y de las prácticas del Capitalismo como realidad económico-social imperante en nuestra patria por más de un siglo.

Algunos replicarán que otras naciones han construido su democracia y su prosperidad con el capitalismo. Sí. Explotando en forma inmisericorde a sus propios pueblos y a los pueblos colonizados que dominaban por las armas o la economía. Pero el tiempo no corre en vano. En nuestros días, Chile no podrá unirse, movilizarse psicológicamente, encontrar un gran destino solidario que justifique trabajos, esfuerzos y sacrificios, dentro del esquema capitalista y de sus exigencias, desigualdades e injusticias concretas. (La "experiencia brasilera" puede hacer un inmenso daño al proyectarse como si pudiera reproducirse en Chile, cuya realidad demográfica, física, geográfica, histórica, política y social no tiene nada que ver con el Brasil. El mismo daño, aunque de signo contrario, que la "experiencia cubana" hizo a la Unidad Popular que olvidó que Chile no era Cuba).

Me he extendido en este punto, General, porque el diagnóstico es esencial para el tratamiento. Alguien dijo que "solo se puede llegar a la verdad si se parte de la verdad". Es así. Para acometer la mayor tarea que puede proponerse a un pueblo como es dar forma a "una nueva era histórica" (según sus palabras), es indispensable meter a fondo el bisturí en la raíz profunda de los males contra los cuales se lucha.

11.- El futuro como perspectiva de una "nueva era histórica". - Si el Gobierno Militar rechaza torpemente, según sus palabras, "ser un simple régimen de transición entre dos gobiernos políticos", o "limitarse a administrar el país por algunos años y devolvérselo enseguida a los mismos políticos que tanta responsabilidad tuvieron en la destrucción progresiva de nuestra patria..." ¿cuál es la conclusión inevitable, señor General? ¡Que Chile reclama una revolución! Una revolución destinada a dar origen a un nuevo orden social. Un nuevo orden social que sólo será posible si genera nuevas escalas de valores capaces de devolverle a la nación conciencia histórica, voluntad de ser y sentido de una gran misión colectiva.

Valores que requirieron nuevas estructuras institucionales para vertebrar la realidad pluralista del país de otra manera que en la sociedad capitalista tradicional; integrando y expresando en una democracia vital y no meramente formal, a las fuerzas sociales profundas cuyo inmenso potencial creador y productivo no podrá movilizarse jamás dentro del esquema capitalista y al servicio de los egoísmos que el Capitalismo expresa y sistematiza.

¡Sí! Chile necesita tal revolución. El viejo régimen, las viejas corruptelas han ido hirviendo hasta el hueso lo sustancial de nuestro pueblo. ¡60% de los niños chilenos mutilados sin remedio, intelectual y biológicamente, por el hambre antes de cumplir 6 años de edad! Estos son los datos estremecedores del Congreso de Nutrición realizado bajo el Gobierno Militar en octubre de este año. ¡En un país 3 veces más grande que el Japón o que Italia y mucho más rico desde el punto de vista del potencial productivo territorial y climático! ¿Es que se necesita acumular más pruebas y evidencias de la hondura escandalosa del fracaso de la política y del sistema tradicionales después de un siglo y medio de vida independiente?

La verdad es que con el potencial de pueblo, historia, territorio y recursos naturales, Chile podría construir una de las economías más sanas y prósperas del mundo, apoyados en nuestro propio pueblo, a base de trabajo, disciplina, alta motivación psicológica, sacrificios compartidos efectivamente, y auténtica participación. Todo en el marco del emblema patrio: "Por la Razón o la Fuerza", que es, en definitiva, el fundamento de todo orden legal.

Pero seamos claros: esto es la antítesis de la "racionalidad" capitalista y de su esquema de motivaciones, prioridades y exigencias concretas.

Ustedes enfatizan cada vez: "No somos de izquierda ni de derecha. Somos chilenos". Comprensible. Rehuir el fetichismo de las palabras. Pero, frente a una situación revolucionaria objetiva, como la que ha venido madurando en Chile por decenios y que usted describe vigorosamente a los jóvenes, se impone inevitablemente la opción fundamental: la Revolución o la Contra-revolución.

En 1810, para O Higgins y Carrera, fué el dilema: "O independencia nacional o fidelidad monárquica". ¡Había que optar! O revolución o contra-revolución. Producida la situación revolucionaria en ese entonces: millares de chilenos optaron por la contra-revolución, optaron por el Rey y la restauración/colonial. ¡Pero era la revolución y no la contra-revolución la que interpretaba "el sentido de la historia", y O Higgins y Carrera fundaron una nueva patria y vivirán para siempre en el corazón de su pueblo!

Fuó también el dilema de Portales en la década del 30. Amenazada la nascente República por la carencia de unidad y de un gran propósito nacional, por la fragmentación de grupos y fracciones en disputa por parcelas del poder, por la visión mezquina de "la fronda aristocrática" ensoberbecida y más interesada en poner al Estado al servicio de sus privilegios que al de la idea clave del Gobierno Impersonal y la ley como

sovera expresión del bien común. ¡Había que escoger! Y Portales escogió sin pretender "unanidades" imposibles. ¡Y tuvo en contra a la "fronda aristocrática" que era en eso entonces la contra-revolución!

Optar no significa preferir la división a la unión, sino reconocer la división como un hecho pre-existente; rechazar el viejo esquema responsable de la división; y promover uno nuevo, más amplio e integrador, que facilite y promueva la re-unión.

Añadir "que se unan los pobres y los ricos, los obreros y los patronos, porque todos son chilenos", es loable como intención pero no despoja el problema de la opción fundamental. ¡GOBERNAR ES ESCOGER!

Porque, que el 10% de los chilenos dispongan de la mitad del ingreso nacional mientras más del 70% de los chilenos sobreviven a medio morir con menos de dos sueldos vitales, no es cuestión de "suerte", ni obra de la "voluntad de Dios", ni culpa del Destino...ni comenzó con la Unidad Popular. Es consecuencia del régimen económico-social.

Que este país, con un territorio tan extenso y rico, con un pueblo racialmente homogéneo, inteligente y empeñoso cuando es bien dirigido; que fué capaz de encabezar a la América Latina en el siglo XIX, no pueda dar de comer sino a la tercera parte de sus niños (¿a qué clase social pertenece eso 60% de los niños mutilados por el hambre antes de cumplir 6 años de edad?), ni dar trabajo sino al 31% de su población, ni crecer económicamente sino a la miserable tasa promedio anual de un 2% neto durante los últimos 40 años...no es obra de la voluntad de Dios ni culpa del Destino o de la Naturaleza. ¡Es consecuencia del régimen económico-social!

Lo que muere y debe morir cuanto antes en Chile es un viejo orden social, basado en falsos valores que encubren y consagran injusticias fundamentales; expresado en estructuras institucionales sedicentemente "democráticas", pero que en la realidad no dan cabida ni participación real a las grandes fuerzas sociales mayoritarias y a las actividades creadoras que constituyen la sustancia misma del país; y administrado desde hace más de medio siglo por grupos absolutamente minoritarios, con distinto grado de influencia y distinta procedencia y aún de signo contradictorio entre sí (dinero; cuna; partidos políticos; "ideologías"; "estadistas", "patriarcas", "repúblicos" y también "luchadores sociales", etc. etc.) pero finalmente todos estrechamente imbricados, aún sin darse cuenta, en lo que los anglosajones llaman el "Establishment".

La opción actual es inevitable: O TRANSICIÓN ENTRE DOS "GOBIERNOS POLITICOS" O TRANSICIÓN ENTRE UN VIEJO ORDEN SOCIAL Y UNO NUEVO. O la gran historia o la historia pequeña y vulgar de nuestra torturada América Latina en que se superponen la tragedia y el sainete.

No tengo derecho a ocultarle mi pensamiento sobre lo que constituiría la gran historia y la esencia de un nuevo orden social. Pienso que el supremo desafío es construir en Chile una sociedad socialista basada en valores esencialmente democráticos. Este me parece ser el "nuevo horizonte histórico" a que alude su discurso a los jóvenes:

- Valores esencialmente democráticos que no pueden surgir de "la libertad económica como fundamento de todas las libertades", sino del respeto y la promoción efectiva de los derechos de las personas humanas de 10 millones de chilenos (¡tampoco de la abstracción de "la persona humana" que en la práctica sólo se identifica y sólo garantiza los derechos e intereses de los "personajes"!);

- Estructuras auténticamente socialistas de los poderes reales que gobiernan el destino de los hombres y la sociedad: el poder político, cultural, económico y social. Que sean auténticamente socialistas significa que deben expresar y servir los intereses de la comunidad nacional y no los del grupo que a nombre del "proletariado" se juzga por el terror al pueblo entero; apoyar su legitimidad y su efectividad en la conciencia

y el consenso del pueblo mismo y no en la dictadura vertical y alienante; fundamentar su vitalidad democrática en la participación y la auto-gestión creciente (a medida que crezca la conciencia solidaria de las organizaciones sociales de base) y no en la estatización paralizadora y burocrática.

Es sin duda un proceso complejo, profundo, rico y hasta transitoriamente contradictorio; que sólo puede desarrollarse en el tiempo y a través de metas sucesivas; que requiere una creciente transformación de la conciencia personal y ciudadana para que la transformación de las instituciones tenga sentido real y no demagógico y contraproducente. Durante la etapa de tránsito de la vieja sociedad hacia la nueva, el Estado tiene un rol decisivo que cumplir, mientras las organizaciones de base van haciéndose capaces de sustituirlo en un proceso gradual de descentralización funcional y de auto-gestión en todos los planos de la vida colectiva.

Intentar, a finales del siglo XX, construir en Chile un nuevo orden social, conciliando democracia y socialismo, es una tarea histórica más compleja, más profunda, más difícil aún que la de 1810 o 1833. ¡Pero igualmente necesaria y fascinante!

Tienen ustedes, señor General, la mayor oportunidad en cien años de constituir el gobierno más fuerte que el país haya tenido; y de abrirlo efectivamente un nuevo horizonte histórico. Es una oportunidad fugaz como todo lo que toca a hombres y pueblos. Cada día que pasa, cuenta; y en pocos meses, probablemente ya será demasiado tarde.

Para seguir el método de Foch: "De qué se trata?":

a) - El 11 de septiembre todo el andamiaje político de los últimos 50 años terminó de desintegrarse. Y no sólo el propiamente político sino también toda la estructura tradicional de gobierno, administración, sindicatos y normas laborales y salariales, regímenes de producción y comercio, derechos (y "corruptelas"), libertades (y "libertinajes"). Lo que es aún más importante, se desintegró con el convencimiento, implícito o explícito, de la inmensa mayoría del país de que el viejo sistema institucional "no daba para más". Lo cual no equivale a decir que todos estuviéramos de acuerdo en las causas, o en que el pronunciamiento militar fuese el mejor medio, ni menos aún en el proyecto de orden social sustitutivo;

b) - La violencia y la tremenda eficacia de los medios de fuerza utilizados para derribar al gobierno de la Unidad Popular y paralizar la voluntad de resistencia de sus seguidores, en los días del pronunciamiento militar y en las semanas y meses siguientes, produjo simultáneamente dos efectos, de signo contrario pero convergentes en el resultado psicológico: Primero: decapitó fulminantemente lo esencial de la estructura político-social-sindical de la Unidad Popular y los grupos marxistas; (desgraciadamente, en ocasiones mediante graves atropellos a los derechos humanos, y aún crímenes odiosos como la aplicación de "la ley de la fuga" semanas y meses después del enfrentamiento). Segundo: notificó a todo el cuerpo social, a todas las estructuras de poder existentes en el país a todos los partidos (y no solo a los marxistas) que las Fuerzas Armadas estaban resueltas a actuar con escasos o ningún miramiento por las situaciones pre-establecidas. Salvo el sistema judicial tradicional, toda las estructuras de poder fueron "vencidas" el 11 de septiembre.

El resultado conjunto de esta convicción y del respeto o miedo extendidos por todo el cuerpo social, permitió al Gobierno Militar encabezar al país en una situación la más favorable que haya tenido gobierno alguno desde Lircay y Portales. ¡Transitoriamente! Como todo... En Octubre, Chile era lo más próximo a la "tabla rasa" añorada por el filósofo, sobre la cuál todo es posible.

¿Qué era posible -y en medida importante sigue siéndolo-

si ustedes lo vieran y quisieran? : ! Reconocer y re-unir al 80% de los chilenos en torno a un Gobierno esencialmente vertebrado por las Fuerzas Armadas, pero no exclusivamente por ellas, sino integrado de un modo auténtico por las fuerzas sociales y vitales más profundas!

Para hablar en términos de lo que hasta ayer era habitual para todos:

- Las fuerzas marxistas están hoy dispersas y desmoralizadas, conscientes del fracaso de la Unidad Popular, de la demagogia "socialista populista", y del verbalismo extremista. Pero, hace apenas 8 meses representaban el 44% del electorado nacional. ¿Cómo pretender destruirlos sin desgarrar visceralmente a Chile? (Es un problema que Ud. ha planteado con gran franqueza en sus entrevistas a "Tribuna" y al "ABC" de Madrid). Con su jefatura desprestigiada, los marxistas de base están -por lo menos transitoriamente- disponibles para ser integrados a la tarea histórica de un esquema revolucionario de construcción de un nuevo orden social. No hacerlo, sería un grave error;

- La Democracia Cristiana, que representa un tercio del electorado nacional y de la ex CUT; la mayor fuerza individual en la juventud, el campesinado y las poblaciones; comprometida desde su fundación a la sustitución del Capitalismo; adhérente sin ilusiones a la legalidad del viejo orden; participante a desgano del juego partidista tradicional... ¡siga estando disponible para un programa revolucionario auténtico!

- Lo mismo ocurre, sin duda alguna, con la abrumadora mayoría de las masas laborales, campesinas y juveniles; de los sectores ligados a la educación, la cultura, las actividades profesionales y técnicas; con las Iglesias y Universidades y su fuerza moral multiplicadora en el cuerpo social; y con no pocos empresarios y representantes de las actividades económicas fundamentales, que, por su nivel de información, están conscientes, a veces más que otros, de la necesidad de cambios profundos orientados hacia la base social.

Es aquí donde están las fuerzas sociales de participación y de apoyo para poder dar forma a "una nueva era histórica", sólo posible a base de un nuevo orden social.

Excúseme la forma tan reiterativa. Pero es una cuestión fundamental. Y el tiempo que queda es escaso y cada día más breve.

No estoy proponiendo una "alianza" al antiguo estilo: con "cuoteo" de influencias, reparto de Ministerios, "feudalización" del Estado en parcelas de poder para ser repartidas entre los militares, la DQ., la ex U.P., etc. etc. todo con miras "a la próxima elección"(!).

¡No! No se trata de que "aquí no ha pasado nada", que "volvamos a los buenos tiempos viejos" y a jugar con las mismas "cartas marcadas"...que tienen a Chile en donde lo tienen. ¡Todo lo contrario!

De lo que se trata es de NO VOLVER AL PASADO; de cambiar las reglas del juego y, si es posible, el juego mismo.

¿Querria esto decir que los partidos políticos, por ejemplo, dejarían de ser lo que han sido y podrían aceptar perder su individualidad partidaria, orientada hasta ayer hacia la conquista de elementos de poder a todos los niveles de la estructura política, administrativa, social y sindical del país? La respuesta dependerá directamente de la autenticidad del esquema al cual se los pida integrarse. En caso de una guerra exterior, a nadie se le ocurriría formar "regimientos demócratacristianos" o "de católicos" o "de ateos", porque todos aceptarían la evidencia de la necesidad de integrarse en un marco superior en que las identidades específicas deben sublimarse en una identidad colectiva mayor, indispensable para enfrentar con éxito las exigencias que la guerra plantea a todos y a cada uno.

Son las reglas del juego prevalocientes las que determinan cómo y para qué se organizan los "grupos de poder" correspondientes. Los partidos políticos, por ejemplo, no son fines en sí mismos sino instrumentos, medios para un fin. Si la finalidad de un nuevo orden ético-institucional democrático y socialista puede lograrse en un esquema fundamentalmente distinto del que dimana de la llamada "democracia representativa" y de los antagonismos generados por la sociedad y la economía capitalistas, al desaparecer ésta, desaparece la "racionalidad" y la justificación del partido político tradicional.

La misma reflexión tiene aún más validez y fuerza aplicada a estructuras sociales tales como los Sindicatos que en el régimen capitalista tienen que ser lo que tienen que ser (y han sido en Chile); a las actividades económicas, culturales, docentes, profesionales y técnicas, etc. etc.

Para usar sus palabras: si hay revolución habrá otro "horizonte histórico". Es decir, el Estado y las estructuras sociales que le dan forma, se definirán en función de otras finalidades, prioridades y motivaciones, las cuales, a su vez, exigirán otras formas de organización, otras formas de acción que las del antiguo sistema de ordenamiento social que la revolución destruye y sustituye. Lo que parecía imposible en el viejo esquema, pasa a ser lógico y hasta imperativo, en el nuevo.

Algunos dirán: "Proponer integrar a los marxistas es destruir la finalidad misma del pronunciamiento militar. El 11 de septiembre fue para terminar con la influencia marxista en Chile. Asignar al Gobierno Militar la tarea de encabezar la construcción en Chile del llamado "socialismo democrático" es asignarle solapadamente y de contrabando, el programa de la Unidad Popular, y ponerlo al servicio de los intereses del marxismo internacional".

Usted ve que no esquivo la objeción ni las palabras.

Es una cuestión que requeriría un análisis en profundidad, pero ya he abusado demasiado de su tiempo y del mío, por lo cual debo limitarme a dos o tres reflexiones sobre aspectos sustantivos.

El primero: El mundo entero vive un proceso socializador, producto de muchos factores concurrentes, y que en América Latina y en Chile se manifiesta por la presión ascensional de los trabajadores y el pueblo en general. Ser cauce o ser dique. Conducir este proceso histórico hacia el socialismo democrático, participacionista y auto-gestionario; o resistirlo, favoreciendo la alternativa del socialismo totalitario, dictatorial y estatista. En junio de este año, en la Reunión Mundial de la JDC dije en Milán: "¿Quiénes conducirán probablemente este proceso? En la mayor parte de América Latina el principal protagonista será probablemente el Poder Militar dentro de un esquema a la vez socializante y nacionalista". No estoy, pues, "acomodando" mi pensamiento al pronunciamiento militar del 11. Sigo pensando lo mismo, aunque las decisiones básicas del Gobierno Militar chileno en esta primera etapa son claramente antagónicas a esa previsión o predicción. La historia no avanza en forma rectilínea; tampoco en Chile.

El segundo: La invariable lección de los grandes conductores que han "hecho la gran historia", desde Alejandro y César hasta Mac Arthur, es: ASOCIAR A LOS "VENCIDOS". Integrarlos a una tarea auténticamente común inmediatamente después que el enfrentamiento armado destruyera la estructura antagonista como "poder hostil" organizado.

Si esto es verdad entre naciones diferentes, debería serlo muchísimo más en el seno de un mismo pueblo. En el caso de Chile, no es por casualidad que los esquemas marxistas han atraído a más de un tercio de

los chilenos desde hace largos años en la vida política, social y sindical. Después de todo, un millón de chilenos votaron por la Unidad Popular en 1970; un millón 400 mil, en 1972; y un millón 630 mil en marzo de 1973. ¡Son parte inseparable de la nación, aún físicamente hablando! (Sé que Ud. piensa lo mismo por las entrevistas ya mencionadas)

Por lo menos transitoriamente, la inmensa mayoría de ellos están conscientes del fracaso, dispersos y desmoralizados. Interrumplos es un imperativo categórico para construir "en el sentido de la historia". Y la oportunidad para hacerlo es fugaz. ¿Es el cauce adecuado la construcción del socialismo democrático en Chile, en los términos esbozados de autenticidad, gradualidad y disciplina? Estoy convencido que sí. ¡No hay otra alternativa!

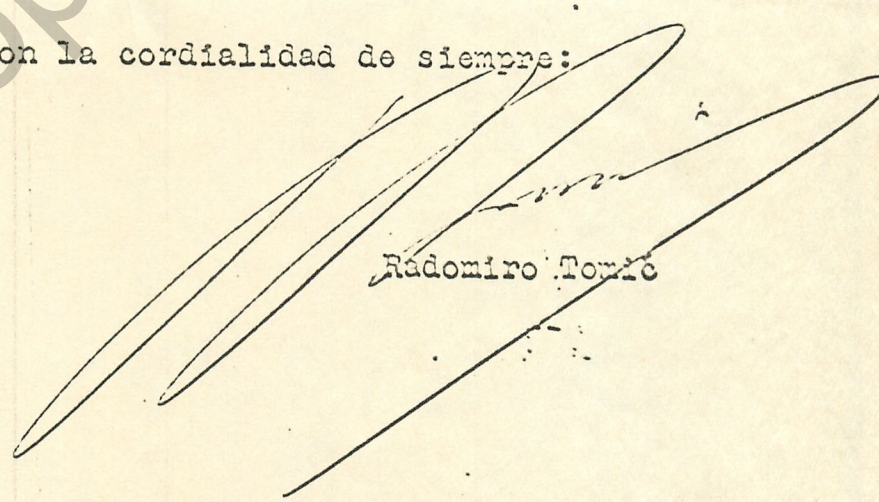
No me creo con derecho a analizar en esta carta el probable curso negativo de la "experiencia chilena" si se mantienen y ahondan las decisiones fundamentales de tipo económico-social de esta primera etapa.

..

Quizás es útil, estimado General Leigh, que usted sepa que todas las ideas contenidas en esta carta, fueron conversadas por mí, en estos mismos días, con el Presidente Nacional de la Democracia Cristiana, Patricio Aylwin, y que se la escribo por su expresa e insistente sugerencia. También a él le enviaré una copia.

Lamento la extensión. Excúseme que sea cierto que "no tuve tiempo para escribirle más corto" sobre un tema tan cargado de densidad histórica para un chileno. Viajo a una Universidad norteamericana el próximo sábado.

Saludo a Ud. con la cordialidad de siempre:



Radomiro Tomic